

"Oracions," por Santiago Rusiñol. [

("La Época", Madrid, 16 febrero 1898).

cop
1
d. 225

1-105

AUTORES Y LIBROS

"Oracions," por Santiago Rusiñol

RECOPILADO EN "De esto
y de aquello" tomo I

El libro *Oracions*, de Santiago Rusiñol, hubiese provocado numerosos juicios, y hasta debates literarios en cualquier otro país, y creo que en España misma, si su autor fuese uno de los *consagrados* y no escribiese en catalán. Mas como quiera que, aun así y todo, se ha hablado, á propósito de él, de decadentismo, de extravagancia y de fermentación morbosa, estimo no inconveniente el indicar aquí algunas sencillas reflexiones acerca del llamado decadentismo, contra el que se revolvió con tanto brío Max Nordau, y contra el que pelean hoy, armados de muy buenas razones, no pocos espíritus cultos, si bien no todo lo amplios que es de desear.

Empiezan muchas gentes á maldecir de todas esas corrientes turbias que apasionan á gran parte de la juventud, á prevenir el peligro del *filomeísmo* de los aborrecedores sistemáticos del *misoneísmo*, á clamar contra el *snobismo* y la *pose* y la modernisteria á toda costa, y á pedir á voz en cuello sencillez, transparencia, coherencia, lógica, clasicismo, en fin. En toda esta campaña hay una base fortísima de razón, que les sobra á los que la promueven; mas como quiera que en punto á razón suele ser tan malo que sobre como que falte, no estaría de más juzgar más desapasionadamente al arte decadente ó de fermentación.

Paréceme que lo más esencial de un período clásico es cierta adecuación entre el fondo de lo que siente y piensa un pueblo y las formas con que lo expresa, que es una correspondencia la más fiel posible entre el contenido del espíritu público y su expresión. Son, á modo de períodos de reposo, edades de madurez y calma, en que el espíritu descansa y goza de lo que con labor y empeño ha logrado. La literatura de nuestra edad, llamada de oro, informaba á lo más íntimo del sentir de nuestro pueblo. Pero muy pronto vuelve á iniciarse el desequilibrio, traído, en gran parte, por la misma plenitud clásica que desborda, la adecuación se rompe y empieza lo que llamamos una decadencia. Nuevas ideas, en embrión las más, hasta meros esbozos de ideas y aun conatos de ellas, oscuros sentimien-



VERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

152/65



tos nacientes ó renacientes, elementos que durante e período clásico palpitaron vencidos ó embrionarios, pugnan por adquirir expresión y vida plena. 1-125

El caudal mismo de conceptos aumenta más rápidamente que el de vocablos que los expresen; las ciencias y las artes aportan á la vida concepciones sin tradición aún, y por lo tanto, sin raíces ni forma precisa, general y clara; nuevos ó renovados matices de sentimiento piden giros nuevos, y se produce en virtud de todo esto un hormiguo de futuros elementos que ansían forma. Dedicánse entonces los escritores á rebuscar vocablos para sus nuevos conceptos, giros para los cambios de su sentir, expresión para sus vagas aspiraciones. Y aún hay más, y es que ocurre no pocas veces que en realidad ni saben bien lo que sienten ó piensan, y que la presión intelectual que les lleva á la caza de nuevas formas, no es otra cosa más que el apetito de vida de sus mismas oscuras concepciones, que en expresándose se revelarán al mismo que las alimenta. ¡Cuántas veces no ocurre que una idea se revela al mismo que la concibió al acertar éste con su expresión adecuada ó al encontrarla la idea misma en el espíritu en que se aloja!

Aunque todo es de clavo pasado, no parece está de más el recordarlo ahora aquí.

En esos períodos de tránsito—de decadencia ó de ascensión—abundan los tanteos, los ensayos, fracasados los más, los abortos mismos. Son edades de arte *in fieri*, en formación, así como las edades clásicas lo son de arte hecho ya. Series de abortos suelen preceder al engendro definitivo.

De vez en cuando acierte este ó aquel artista, halla una fórmula, un giro, una expresión adecuada á nuevas ideas, y van á engrosar el común acervo. Y cuando el caudal de adquisiciones es ya copioso y se ha logrado enriquecer y depurar la primera materia artística de nuevas concepciones, un afortunado recoge toda esa labor en una obra clásica. Una vez producida ésta, á maldecir de los que la prepararon.

En lo más externo de la literatura, en el lenguaje, ocurre lo mismo. Fué de moda burlarse del tecnicismo krausista aquí, como los humanistas tronaban contra la bárbara jerga escolástica, y, sin embargo, en nuestra lengua común literaria se han hecho co-





rientes vocablos y giros que el krausismo implantó, como la lengua filosófica moderna se compone sobre todo de tecnicismo de origen escolástico. 1-125

Tronar contra los decadentismos—gongoristas ó conceptistas—es como tronar, en otro orden de cosas, contra el deshacimiento de viejas instituciones económicas. Estoy convencido de que la ruina de muchas viejas categorías económicas (gremios, vinculaciones, bienes del común, etc.), cuya desaparición lamentan muchos, y que el proceso de violenta diferenciación ó individualización económica que las ha seguido no es más que necesaria etapa para una integración futura, para que vuelva, no aquello que pasó, sino algo de que aquello era como esbozo y símbolo. Sólo creo posible una nueva integración sobre elementos diferenciados merced á la desintegración de antiguas categorías.

Se dice que mucho de la literatura llamada modernista no es más que fermentación. ¿Y qué? Sin fermentación no se hace vino. Que no es más que extravagancia, dicen otros. ¿Y qué? Si no se extra-vaga, nunca se sale del confinamiento empobrecedor. El clasicismo exclusivista suele ser en muchos la forma más aguda del espíritu de empantanamiento. Es mejor mil veces la reacción, que al fin es acción y movimiento.

No cabe negar, por lo demás, que el público, el mero consumidor de literatura, lo que pide y quiere y necesita no es arte en formación, sino arte hecho ya, algo definitivo, como quiere vinos hechos y formados. Pero aparte de que hay aficionados á mostos, vinos crudos y vinos agrios, tampoco hay que olvidar que el crítico, intermediario entre los autores y el público, no puede colocarse ni en el punto de vista exclusivo del productor ni en el del consumidor, sino acercar uno á otro y procurar modificarlos mutuamente. Mucho hay, sin duda, en la literatura que sólo á los literatos importa: cosas del oficio, ensayos de procedimientos, artificios técnicos; pero hay también en esto mucho que puede y debe llegar al público mientras no venga la edad dichosa, y creo que inasequible, en que consumidor y productor se fundirán en uno y





1-115

cada cual hará arte y lo gozará; todos para todos, todos para cada uno y cada uno para todos.

Hay otros que para denigrar algunas de esas tendencias nuevas ó renovadas no hallan en boca otra palabra mejor que la vaguísima palabra *cursi*. Si *cursi* es, como se dice, el que quiere y no puede, lo creo preferible al que puede y no quiere, porque es más fácil hacer un poder del querer que convertir en potencia una voluntad perezosa.

Lo nocivo es el instinto de estancamiento de los bien hablados con lo que les rodea, y en literatura lo más dañoso para todo progreso es el espíritu de los que sólo buscan deleite pasivo, sin ansia por nuevos goces, aunque sea á costa de esfuerzos, y el de aquellos que reducen el arte á amena distracción y á elegante teje-manaje de sutilezas y discreteos ó á la habilidad de vestir de toda gala y de adornar con gracia meros lugares comunes de primero, segundo, ó enésimo grado.

Ocurre además que las obras clásicas nos adormecen no pocas veces con su encanto, llevándonos insensiblemente á cierto reposo muy parecido á la absoluta quietud y fomentando nuestra pereza mental. Las obras decadentes, por el contrario, aquellas en que es más lo que se quiere decir que lo que en realidad se dice; aquellas en que abundan ya larvas, ya abortos de ideas, nos excitan y cosquillean, son más sugestivas, dejan más campo al lector, le espolean la actividad espiritual.

Sucede, sí, que las generaciones futuras olvidan á los exploradores de las regiones recónditas del espíritu, á los que se metieron en intrincadas selvas vírgenes en busca de tesoros que otro aprovechó, elevando el nombre de éste. ¿Qué importa, después de todo? ¿Qué importa qué tal concepto artístico lleva la firma de éste ó del otro? ¿Qué importa el nombre? Nada debe importar á un hombre el que otro le tome ideas, las exprese mejor y pase por el verdadero dueño de ellas. Colón arribó el primero al Nuevo Mundo; pero los europeos llamaron á este Nuevo Mundo América, porque Américo fué quien primero hirió su imaginación describiendo aquel país, fué el verdadero descu-





bridor para las más de las gentes, fué quien primero dió viva expresión literaria al hallazgo de Colón, ¹⁴⁹² fué el clásico. Y Colón, si se mira despacio, no resulta más que un decadente de la ciencia geográfica de su tiempo, ¡si bien un decadente que acertó! Los doctores que le trataron de extravagante tenían razón entonces, ¡yaya si la tenían! Lo que hay es que no basta tener razón en un momento dado.

Hablan otros con motivo de ciertas manifestaciones literarias de hoy, de delirio y de fiebre, olvidándose acaso de que la fiebre suele ser necesario acompañamiento de ciertos esfuerzos del organismo por sanar. Rara es la herida que cicatriza sin fiebre.

En estas épocas de fiebre, el enfermo pide á gritos agua, agua fresca, clara, trasparente, lo mismo que en épocas de decadentismo literario se pide arte fresco, claro, trasparente. Pero así que el enfermo se repone, suele preferir al agua vino generoso, y luego, por desgracia, hastiado del vino, da en beber alcohol y éther al cabo. Pero ¿se ha de renegar por esto del alcohol, necesaria base del vino? Sin alcohol, como, sin fermentación, no hay vino posible. Y la fermentación produce detritus, que cuando menos, sirven de abono.

Con todo y lo dicho, prefiero en general la literatura y el arte clásicos á los de decadencia, como prefiero al alcohol el vino y al vino el agua. Pero de mis preferencias á nadie le importa nada.

No se crea por lo dicho que la obra de Rusiñol que ha provocado esta larga digresión sea una obra de pura fermentación decadentista, ni mucho menos de meros tanteos y rebuscas, aunque hay no poco de esto en ella.

Mas como quierá que entre unas cosas y otras se me han ido las cuartillas sin entrar de lleno en el examen del hermosísimo, sugestivo y preñado libro *Oracions*, dejo para otro artículo este examen, que procuraré sea ceñido, porque, francamente, esto de faltar al título de un escrito es un pecado gravísimo de afectación.

MIGUEL DE UNAMUNO.



1.5.2/85